

***Llanto* de Carmen Boullosa. Notas a una novela imposible**

Gabriela Jerez Garcés
Universidad de Concepción

*Pero si llega cansado
un indio de andar la sierra
lo humillamos y lo vemos
como extraño por su tierra.*

**(Amparo Ochoa,
Maldición de malinche)**

Una reflexión sobre la naturaleza de la literatura que oriente una lectura de *Llanto*, la novela de Carmen Boullosa (1992)¹, tendría que afirmar que escribir es, esencialmente, reescribir. En efecto, la escritora mexicana parece reelaborar la red de ficciones sobre la traición y la muerte de Moctezuma II², el soberano del México precolombino “más atrayente para los dramaturgos” y predestinado a “héroe de tragedia” (Sten, 1985: 40). El relato canónico lo presenta como el rey amado y odiado por un pueblo que lo reverencia como un dios pero teme su crueldad, dueño de un carácter altamente contradictorio, tan conocedor de la “filosofía” náhuatl como opresor de los conquistados y frente a quien, como informa Bernal Díaz de Castillo, “Cortés se maravillaba [, pues] siendo tan gran señor, tenía tantas mudanzas que unas veces dice uno y otras envía a decir lo contrario.” (Cit. por Sten, *ibíd.*: 41). Sin embargo, el problema surge cuando, solidaria con el lector, la novelista advierte de antemano: la suya es pura negación, su novela es imposible.

¹ Boullosa, Carmen. 1992. *Llanto. Novelas imposibles*. México: Ediciones Era.

² En esta serie existen, ciertamente, otras reelaboraciones. Por citar las más relevantes, menciono *Jubileo en el zócalo* de Ramón J. Sender (1991. Barcelona: Destino) y *La noche de Cortés* de Vicente Leñero (1994. México: Ediciones El Milagro).

La novela posee una estructura fragmentaria que incluye cuatro tipos textuales. Los agradecimientos finales parecen ser una orientación que intenta dar señales de la estrategia de (des)organización boulllosiana. En ellos hace mención de algunas de las fuentes históricas que relatan la conquista de México, de las cuales se intercalan fragmentos en su novela. Las versiones acogen al vencedor y al vencido: están, entre otras, las *Cartas de Relación* de Cortés, la *Historia de México* de Antonio de Solís, el *Códice Ramírez*, el *Códice Florentino*, el *Códice Aubin*, todos conformando un difícil entramado, cuyo sutil vértice es la interpretación de Todorov, quien, en *La conquista de América, la cuestión del otro*, viene a resaltar precisamente la imposibilidad de comprender a Moctezuma a causa de la desaparición de los documentos necesarios para el análisis. El deseo de escritura derriba la ceguera de una sola versión, la del rey que vende a su pueblo, y lleva a la autora a situarse en el lugar de los vencidos, a contradecir la versión que Cortés expone en la *Segunda Carta de Relación*.

El soberano Moctezuma revive las cuatro historias borgianas: el Tlatoani, dice Boulllosa, no murió asesinado por su pueblo, ni por una pedrada equivocada, ni a causa de su propia aflicción. La ciudad asediada vio sacrificar a su dios por mandato de Cortés, mediante una puñalada asestada en la parte baja de su cuerpo para que cuando lo presentaran ante las multitudes, nadie se percatase de la herida:

Cuando sacaron el cadáver para engañarlos con que iban a oír la voz de su emperador, olvidaron poner la música que antecede su aparición, los tambores, la invocación, porque aunque fuera su prójimo en cuanto al ser de hombre, en cuanto al oficio era como un dios. Todo era falso, y el cuerpo que alguien detenía para que no cayera (pues sí era un muerto) se repetía a sí mismo las palabras que le habían sido dichas el día de su coronación. [...] Pero dejó el orden de sus recuerdos cuando sintió sobre su carne muerta, en la frente, una piedra lanzada desde allá abajo y se dijo: “No es para mí, es para Hernando Cortés, porque quién no se dará cuenta que me han matado, pero me ha atinado a mí, en la frente” (Boulllosa, 1992: 32).

El intento de novela hace retornar a Moctezuma desde el sitio de la muerte y su aparición acontece en el mismo espacio donde fue incinerado. El objeto de su retorno es la búsqueda del jade que le asegura sus poderes de regeneración, pues el ciclo vital del hombre náhuatl comienza en los dominios del dios de la muerte, Mictlantecutli, y surge del polvo de los huesos de jade rociados con la sangre que brotó del pene de Quetzalcóatl. Moctezuma Xocoyotzin vuelve por el jade, la piedra que nunca fue puesta en su boca en el momento de su muerte, como obliga el rito que le fue negado por sus asesinos.

El gesto de la figura espectral que recorre sus tierras, la ciudad para el castellano, justo cincuenta y dos años después de la caída del reino, extraña y desplaza la observación de la ciudad de México en 1989 hacia la antigua Tenochtitlán. El relato del espectro, fantasma, cuerpo resucitado, todas figuras reconciliables y ninguna concluyente, revela la ciudad irreconocible, los monumentos a los héroes precolombinos que a Moctezuma, el aparecido, nada le significan, porque lo mismo parecían dar las estatuas del vencedor que los vencidos,

vestidas con casacas y pantalones entallados, usando lentes y barbas de candado. Más le impresionaba lo demás, la disposición de la calle, los otros autos, el camellón al centro [...] como si él, suponiendo que fuera el Tlatoani salido de otros siglos, fuera todavía quien gobernara el imperio, la región donde estaban los cimientos del cielo. (*ibid.*:57)

Como otros espectros, transitan nueve proyectos de escritura de distintos narradores. La búsqueda de una novela que no sea la referencia de los acontecimientos anteriores es el objetivo compartido. Un texto que transgreda lo dicho y se apropie realmente de Moctezuma. Pero el proyecto *Llanto* se rechaza a sí mismo. Ninguno de los nueve narradores lo logra porque

es una necedad estúpida querer escribir una novela de Moctezuma II. Sabios quienes al contar nuestra historia olvidan disertar acerca de las razones de su raro comportamiento, como los que lo adjudican a que en la llegada de los españoles él vio el retorno de Quetzalcoatl y lleno de culpa y temor dejó que tomaran lo que les pertenecía y de inmediato pasan a disertar durante cientos de cuartillas acerca de lo que representó para occidente el encuentro con este mundo. (*ibid.*: 75)

El proyecto es inestabilidad para la reescritura apocalíptica Carlos Fuentes y su Moctezuma vestido de negro en *Todos los gatos son pardos* (1970). Es fluctuación para Cernuda y su Moctezuma, “golondrina rezagada que sorprende el invierno / mojada y aterida el ala ya sin fuerza / Pero no es rey quien nace, y Cortés lo sabía.” (1997: 153). Acto de negación de la literatura - mentira precedente, que se funda en el sueño de una palabra independiente, pero que, con Foucault, conoce que “todo acto literario se da y toma conciencia de sí mismo como una trasgresión de esa esencia pura e inaccesible que sería la literatura” (1996: 68). Palabra que es lágrima de imposibilidad pero ruptura feliz, se sacude las versiones pero sabe que no habrá solo un Moctezuma.

Llanto es el gesto que cuadruplica las figuras del archivo y la trasgresión, del lenguaje desdoblado y la desaparición de la retórica que, según Foucault, darían respuesta a lo que preguntamos cuando decimos literatura. *Llanto*: novela histórica, novela fragmentaria, metanovela, novela imposible. Reescribir a Moctezuma es un acto literario nuevo que alberga, tal y como sostiene el teórico, los cuatro rechazos de la literatura,

en primer lugar, rechazar la literatura de los demás; en segundo lugar, rehusar a los demás el derecho a hacer literatura, discutir que las obras de los demás sean literatura; en tercer lugar, rechazarse a sí mismo, discutirse a sí mismo el derecho a hacer literatura; y finalmente, rehusar hacer o decir en el uso del lenguaje literario algo distinto del asesinato literario sistemático, realizado, de la literatura (*ibidem*).

No es posible un nuevo Moctezuma, no lo es una versión ni su contraria. “No hay novela en el mexica” (Boullosa, 1992: 112). Solo el descubrimiento de la visión miope a la que se confina el que escribe, “visto antes de ver, para que cuando el otro se le aproxime [...] vea en él la cara que él sabe que le será vista, que el otro quiere que le sea vista [...]” (*ibid.*: 91). El retorno de un dios soberano desde la esclavitud de los archivos, pleno de sentidos, trastoca la reducción que se ha sostenido de Moctezuma y reafirma el enigma irresoluble, que no se puede fagocitar, abriendo la palabra a la existencia de figuras diferentes:

La Novela ríe del intento de hacer entrar en su territorio a aquel que no ha traicionado al mundo, al que no conoce el desgajamiento de la palabra escrita y expulsa a mi Moctecuhzoma al refugio de mi corazón mientras con estas páginas yo le estoy diciendo ‘Déjalo entrar, por favor déjalo entrar, yo respondo por él, yo respondo por mi absurdo capricho al incomodarte con su regreso...’ (*ibid.*: 113)

Moctezuma, figura inabsorbible que viene a unirse al imparable llanto de dioses “enojados cuando los guardianes del parque echaron el veneno, no tenían como externarse, atrapados en una tierra que los desconocía, encerrados en un tiempo que no los recordaba” (*ibid.*: 35). Ese llanto comienza a ser derramado por las mujeres que murieron junto al Tlatoani y, hacia el cierre, se une con el Viento, la última voz narrativa que transita por la novela, convirtiendo en polvo el llanto y llevándolo por las calles de México hacia el puerto de Veracruz. El polvo encarna las voces de esas mujeres, pero sobre todo la voz de la escritora que, finalmente, copula con el espectro, uniéndose un muerto y una viva, un indio y una blanca, un rey y una súbdita, un espectro y un cuerpo, volviéndose ambos un solo polvo de muerte y para la muerte. Espectro Moctezuma y cuerpo escritora, fantasmas que transitan para asegurarse que

alguna vez irrumpirán, pasarán de éste al otro lado y viceversa, absolutamente extraños, absolutamente cómplices, absolutamente imposibles.

Referencias

Boullosa, Carmen. 1992. *Llanto. Novelas imposibles*. México: Ediciones Era.

Cernuda, Luis. 1977. *Poesía completa*. Barcelona: Barral.

Foucault, Michel. 1996. *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós.

Sten, Maria. 1978. “Los múltiples rostros de Moctezuma Xocoyotzin en el teatro”, en

La Palabra y el Hombre N° 26, abril-junio 1978, pp.40-49.